

renidad, con resignación que llamaríamos santa si fuese hija del cristianismo. Balmes no temía, porque creía y esperaba; sus creencias y sus esperanzas eran vivísimas, ardientes como su genio; he aquí la razón de no afligirse ni conturbarse cuando decía alguna vez á sus amigos: "ya tengo 28 ó 30 ó 35 años; dentro de 20 se acabó Balmes para el mundo. Esto es una sombra. Allí (añadía mirando al cielo), allí está la eternidad; allí está la verdad, porque allí está Dios." En Vich como en Cervera, en Barcelona como en Paris, en Londres como en Madrid, en su bufete como en las calles, en el santuario como en el rincón de una imprenta. . . . *la eternidad, siempre la eternidad.*

"Llegado á Madrid (léese en la *vindicación*), me persiguió la calumnias, indicándome como complicado en no sé qué planes *carlocristinos*, á causa de ciertas relaciones que se me suponían en Paris con varios personajes, especialmente con el Sr. Martínez de la Rosa, con quien no había tenido otras que las que tiene un viajero con los emigrados ilustres. El gobierno de aquella época tuvo acusaciones fuertes contra mí; pero debo decir en honor de la verdad, que nadie me incomodó siquiera; y que habiéndome dirigido al señor jefe político quejándome de alguna importunidad en un asunto del pasaporte, y esponiéndole lo que había oído que algunos decían, este caballero me trató con la mayor consideración, me aseguró toda su protección, me ofreció prender al que me había importunado, lo que habría hecho si yo no me hubiese negado á indicarle quién había sido el importuno; y me añadió que podía permanecer en Madrid todo el tiempo que quisiese, lo que no acepté porque estaba resuelto á irme pronto á Barcelona, adonde llegué á fines de Octubre. Este caballero, á quien no había visto nunca ni he vuelto á ver, era, si mal no me acuerdo, el Sr. Escalante. Tengo satisfacción particular en tributar esta justicia á un adversario político.—A poco tiempo de haber regresado á Barcelona, se reprodujeron las mismas acusaciones; pero el gobierno, debidamente informado, se abstuvo también de molestarle, y cuando al plantear la *Sociedad* se le denunció la fundación de esta Revista como un proyecto político de intenciones subversivas, tomados nuevos informes me dejó tranquilo, sin incomodarme en nada, guardándome siempre la consideración de que vió me hacia digno mi inocencia. Mi conducta pacífica en los sucesos de 1843 y el haberme ceñido á escribir, pudieron confirmar á los gobernantes de aquella época en la convicción de que no era yo hombre que dijese una cosa y ejecutase otra."

Hemos copiado íntegros estos párrafos, porque señalan una épo-

ca nueva: la época de las persecuciones. Aludiendo á Descartes se ha dicho: "parece que la Providencia le condenó á ser hombre grande;" esto es, á ser objeto de las envidias y contradicciones que en todos tiempos sufrieron y sufrirán los ingenios sobresalientes. Luis de Leon, Cervantes, Feijóo, Sarmiento, Jovellanos; ¿á qué enumerar otros españoles ilustres perseguidos y calumniados como Balmes, si esta es una ley eterna de los destinos humanos, si las flores de la gloria del mundo se mezclan siempre con abrojos, si la carrera del sábio está rodeada de abismos? ¡Triste privilegio de todos los grandes talentos! El autor del *Protestantismo* debía experimentar también esas amargas compensaciones, someterse á la condición providencial inseparable de la verdadera ciencia, sufrir pesadumbres tanto mas sensibles cuanto inmerecidas. No quiso entonces manifestar á sus lectores las incidencias y particularidades de un asunto tan desagradable; pero nuestras investigaciones, y la benevolencia que nos dispensa el Ilmo. Sr. D. Luciano Casadevall, conóngo á la sazón y hoy obispo de Vich, á cuya ilustrada perspicacia no podía ocultarse la importancia del servicio que prestaba á la historia, facilitándonos una carta notabilísima, suplirán, como en otras ocasiones, el prudente silencio del perseguido y calumniado, á quien seguimos casi día por día revelando hasta sus mas íntimos pensamientos. La carta dice así:

"Sr. D. Luciano Casadevall.—Vich.—Barcelona, 20 de Abril de 1843.—Muy Sr. mio de todo mi respeto: He diferido, tal vez mas de lo que debiera, el contestar á su última de V., por motivo de que deseaba que se hubiese redondeado un asunto que quería comunicarle; pero como la cosa va dando largas, creo que no puedo aguardar mas. V. quizás no tiene noticia, porque en efecto la tienen muy contados, que hace tiempo se ha fraguado una trama para perderme, y van ya muchos meses que estoy en la red, y me voy librando de ella solo á fuerza de mi inocencia. Ya me parece que aun antes de mi viaje á Paris me tenían algunos los ojos encima; pero desde entonces la cosa se ha agravado, y momentos ha habido en que el riesgo no era de despreciar. A poco de haber llegado á Madrid, fui avisado de que el gobierno me miraba con recelo, y se me dijo que traía no sé qué encargos del Sr. Martínez de la Rosa. Tuve tan seguros datos, que al fin me resolví á presentarme al señor jefe político pidiéndole explicaciones; y este caballero se me portó con mucha finura y disimulo, aparentando que nada sabía, que el gobierno nada tenía contra mí, que podía permanecer en Madrid todo el tiempo que quisiese. Yo le manifesté mi agradecimiento, pero no me dí por satisfecho, porque sabía

tan de cierto que el Sr. Escalante disimulaba, como V. estará leyendo esta carta. Mediaron allí varias cosas que no son para explicadas sino de palabra; y habiendo salido en direccion á esta, ya supe al llegar, que de Madrid habian venido las instrucciones correspondientes. Nada hice sino estar á la mira, y confiar en mi inocencia y en Dios; cuando hace ya mucho tiempo un amigo, de cuya veracidad y buenos informes no podia dudar, vino á noticiarme que obraba en el gobierno político de esta, una real órden muy fuerte contra mí. Como ya tenia los indicados antecedentes, di algunos pasos, siendo uno de ellos el personarme con el gefe político. La calumnia habia cambiado de tema: antes al parecer se me acusaba de algun manejo por Cristina, pues que se me suponian inteligencias con Martínez de la Rosa; ahora se me achacaban no sé qué cosas en favor de D. Carlos, y negociaciones en Londres, y otros dislates por este tenor. Y no crea V. que la cosa anduviese así como quiera, sino que los cargos los fundaba el ministerio en una estupenda comunicacion del encargado de negocios en Paris. Fueron tan francas, tan claras, tan fundadas en datos positivos las esplicaciones que dí al señor gefe político, que se convenció de que era una pura calumnia; y añadiendo al espediente los hechos que yo le cité en mi defensa, me prometió que oficiaria al gobierno superior de una manera favorable. No dormí, como dicen, sobre el triunfo; y estuve tentado de marcharme en el acto á Madrid, á sofocar la cosa en su raiz; pero meditando un poco, me resolví á escribir á un amigo de altas relaciones y de no escasa influencia. Al cabo de pocos dias, tuve la contestacion de que el gobierno se habia convencido de la falsedad de las imputaciones; de que ademas, el gefe político de esta habia informado en muy buen sentido, y que para mayor abundamiento, una persona de las mas notables del partido dominante escribia aquel mismo correo una carta de recomendacion en mi favor al Sr. gefe político y al capitán general Seoane. Se me decia que viviese tranquilo, y que para mi gobierno, debia saber que aun cuando el tiro venia de Paris, salia empero de Inglaterra y Bélgica. Así las cosas, creia yo que se habia disipado la borrasca, y lo creia tambien el Sr. Surrá y Rull, ex-ministro de hacienda, con quien acababa de hablar sobre el negocio, pues él mismo me tocó este punto, diciéndome que ya se lo habian contado en Madrid; cuando he aquí que me encuentro de nuevo con un recado del gefe político el mismo dia, y presentándome, se me leyó otra real órden trasladando una reciente comunicacion de nuestro embajador en Paris, suponiéndome en relaciones con cierto jesuita, con no sé cuántas

cosas. Con tanta evidencia desvanecí todos los cargos, que otra vez el señor gefe político se penetró de la calumnia, añadiendo que permaneciese tranquilo, y que oficiaria. Otra vez he escrito á Madrid, y por ahora no he recibido contestacion; pero no me queda duda que se ha fraguado en Londres y en Paris un plan para perderme, y ya ve V. que los hechos no consienten dudarlo. Estoy á la mira, y tomo, como se supone, las convenientes precauciones para mi seguridad personal, ya por lo tocante á lo público como á lo particular. Continúo escribiendo como mi conciencia me dicta, y lo demas lo encomiendo á la Providencia.—Vengamos ahora á lo que V. me pregunta sobre Mr. Guizot. Tuve ocasion, pero no quise aprovecharla. Un literato muy distinguido, que habia sido su secretario en el ministerio, me invitó una y mil veces á que le presentase mi obra; pero Guizot era ministro, y esta consideracion me retrajo por varios motivos; sin embargo, sé que desde mi salida de Paris se la han presentado. Si tanta desconfianza infundieron mis relaciones con el Sr. Martínez de la Rosa y otros personajes españoles; ¿quién sabe lo que se hubiera creído si me hubiesen visto en comunicaciones con el ministro de negocios extranjeros? Quedo como siempre de V. atento seguro servidor y amigo Q. B. S. M.—*Jaimo Balmes*, presbítero."

Estas persecuciones coincidieron con la muerte de su padre, acaecida el dia 29 de Marzo del mismo año 1843. Entonces se aumentó, si es que aumentarse podia, el cariño, el amor que D. Jaime y D. Miguél se profesaban. Su hermana Doña Magdalena, casada con D. Pedro Boada, residia y reside hoy en Vich.

Volaba entretanto por todos los ángulos de la Europa intelectual el nombre del escritor de Vich. ¿Quién es Balmes? preguntaban admirados los profesores eminentes, los varones doctos, los filósofos mas distinguidos del mundo civilizado. ¿Quién ese español, honra de su siglo, que marcha con tan gallarda resolucion por las escondidas regiones de todas las ciencias, y confunde y hace enmudecer á sus antagonistas? ¿Qué obra es esa, cuyo simple anuncio excita la curiosidad general, y cuya lectura absorbe la contemplacion de los mas profundos pensadores? ¿Por qué le rinden parias los primeros talentos de Bélgica, y de Italia, y de Francia, y de Inglaterra? ¿Por qué los periódicos se apresuran á anunciar á las gentes la aparicion de un sábio? No podemos, ni aun pudiendo debiéramos nosotros analizar el *Prottestantismo*, "obra notable por su volúmen (*Oracion fúnebre de Balmes*, pronunciada por el presbítero D. Manuel Martínez en la iglesia del seminario de San Carlos de Zaragoza el dia 3 de Agosto de este año 1848), rica por

el fondo de su doctrina, interesante por su sana filosofía, robusta por el nervio de su dialéctica, amena por su variada literatura, y provechosísima por su oportunidad; obra donde campean á la vez las dotes del teólogo, del moralista, del filósofo, del controversista, del historiador y del literato; obra comparable con el inmortal libro de la *Ciudad de Dios*, en el cual los paganos, atribulados bajo la mano de hierro de Alarico, acusaban á la religion cristiana de la decadencia del imperio, y los confundió San Agustin comparando la civilizacion enfermiza y miserable del mundo antiguo con la muy lozana y saludable que se iba extendiendo á impulsos y á la sombra del cristianismo.

“El *Protestantismo* nos muestra á la religion desterrando de entre los hombres la vergonzosa esclavitud; dando á conocer y haciendo sentir al individuo su alta dignidad; reponiendo á la muger en el lugar que le corresponde; introduciendo la monogamia, y estableciendo la santidad é indisolubilidad del matrimonio; creando una conciencia pública y una suavidad de costumbres, cuyo valor inestimable no conocemos porque jamas hemos carecido de ellas; instituyendo los asilos de beneficencia; dando vuelo al espíritu humano, é imprimiendo un saludable y acertado movimiento en los caminos de las ciencias; produciendo como frutos suyos espontáneos los institutos religiosos, remedio oportuno de las necesidades de cada época, asociaciones conservadoras y regeneradoras y de benéfica influencia sobre la sociedad; dotando de la verdadera libertad, pero sin menoscabo de la fuerza saludable del poder pública, á los infortunados pueblos que antes habian arrastrado una existencia penosa, desgarrados alternativamente por la avarquia ó abrumados por el despotismo.

“Atendiendo muy particularmente á que desde las oscuras y angostas honduras de una política mezquina y miserable en sus miras, y limitada en el tiempo y en el espacio, se han dirigido ataques ciegos contra la religion divina de Jesucristo, se remonta Balmes, para estudiar esa ciencia, á las regiones elevadas, serenas y apacibles donde la estudiaron San Agustin, Santo Tomás, Bossuet y Saavedra, con otros grandes filósofos cristianos. Yindica completamente al catolicismo, y prueba que lejos de ser incompatible con determinadas formas de gobierno, es bastante robusto para vivir y comunicar vigor y fuerza á todas las formas políticas que no excluyen de su seno los principios vitales de la sociedad. Aquí tambien, como en todas las páginas, estampa en la frente de sus enemigos, como otros tantos baldones, las acusaciones que ellos se habian permitido dirigir contra la religion santa del Hijo de Dios.”

Al lado de este cuadro brillante, de este análisis rápido, pero elegantísimo, que el orador de Zaragoza presentó á su auditorio, merece colocarse un sublime fragmento de otra oracion fúnebre, pronunciada por el presbítero D. José Rabell con motivo de las exequias que en sufragio del alma de Balmes se celebraron en Barcelona el día 4 de Setiembre último. “En sus primeros ensayos (dice) resuelve ya con fácil seguridad problemas de economia política, de legislacion, de derecho público; ataca sin vacilar hechos y doctrinas, predice sus funestas consecuencias, y arroja con mano cierta el dardo á la frente del coloso que se llama á sí mismo opinion dominante. A un tiempo orador y teólogo, accesible y elevado, fecondo en recursos de toda clase, se alza como una águila al nivel de la polémica mas elevada, mas propia de la época, cerca de la cual ha sido en los últimos tiempos el agente mas poderoso de la civilizacion. Balmes lucha cuerpo á cuerpo con el famoso pensador de la Francia en la arena de la discusion histórica, política, religiosa, social y humanitaria. El *Protestantismo* es una obra inmensa, que figurará siempre como una elevada piramide en el ancho campo de la inteligencia humana; obra de las que marcan el carácter de un siglo y revelan al escritor que lo domina; produccion compacta y original en su conjunto y en sus detalles; teología, polémica cristiana, legislacion, filosofía de la historia, . . . de todo echa mano el célebre publicista. Y es lo mas admirable, que el jóven autor parece haber asistido simultáneamente á todas las escuelas antiguas y modernas, haberse hecho cargo de sus doctrinas, haberlas meditado profundamente para dar solucion á todas. El águila, sin perderse de vista, y sosteniendo siempre la gravedad de su vuelo, pasa desde la region de las tempestades á los horizontes mas apacibles, se cierce sobre las cimas de las montañas, atraviesa las nubes, y deja caer su sesgo magestuoso hácia las vastas llanuras, fijos siempre sus ojos en el sol.”

El *Protestantismo* es la obra de Balmes. “He aquí mi obra,” ha dicho alguna vez en nuestra presencia. Nadie ignora que al escribirla se propuso refutar algunas doctrinas de Mr. Guizot. Luchó cuerpo á cuerpo en combate intelectual con este célebre escritor francés, y le venció. Aguardaba con impaciencia una nueva lid; “si Guizot contesta (decia Balmes), tengo cuatro tomos mas en mi cabeza para replicar.” Pero Guizot calló, y la Francia entera, esa nacion que por boca de uno de sus hombres de Estado (con quien somos indulgentes ahora, respetando su grande infortunio) nos llamaba ¡á nosotros los españoles! gente de instintos feroces y salvajes, pueblo atrasado en la carrera de la civilizacion; que por el órga-

no de uno de sus periódicos nos apellidaba ¡a nosotros los españoles! raza de gitanos, de bandidos, de contrabandistas, de asesinos; la Francia calló también. Creemos que el hombre de Estado y el periódico quisieran hoy recoger tan descompuestas calificaciones, antes que otro hombre de Estado y otro periódico de España las volvisen con mayores motivos, aunque con menos irreverencia. Y no era el silencio del desprecio, ese fementido silencio que es alguna vez en literatura una frase casi sin explicación, un pretexto trivial para abandonar las refutaciones y las verdaderas críticas, sino el silencio del convencimiento. Enmudeció también Inglaterra, y todos los países protestantes leyeron y callaron, y la voz de Balmes resonó triunfante en nombre de la civilización y del cristianismo. Pero si Inglaterra y Francia guardaron silencio porque faltaban razones para refutar, tienen la gloria de haber hablado para colmar de elogios al ilustre catalán. Un periódico de Londres empezó, según dijimos, la traducción del *Protestantismo*, y entre los de París se distingue la *Universidad católica*, cuyo artículo verán nuestros lectores.

Antes de transcribirlo, manifestaremos las razones que á ello nos obligan, y serán una ampliación ó consecuencia de las espuestas en las páginas 23 y 24. Para analizar cumplidamente el *Protestantismo* y la mayor parte de las obras de Balmes, que por su carácter original no son susceptibles de un juicio analítico tal como nosotros lo comprendemos, es necesario extraerlas párrafo por párrafo, lo cual daría un volumen inmenso á esta biografía, ó copiar los más notables, lo cual equivaldría á una reimpression. Nosotros opinamos como el autor del *Criterio* (página 230), que las historias no son comentarios, "que filosofar sobre ellas es en sí muy bueno, pero tiene otro inconveniente, cual es que en lugar de la verdadera filosofía de la historia, se nos propina con frecuencia la filosofía del historiador. Mas vale no filosofar que filosofar mal: si queriendo profundizar la historia la trastorno, preferible sería que me atuviese al sistema de nombres y fechas." De los críticos y literatos que sobresalen en España, ninguno ha emprendido el análisis filosófico de las obras de Balmes. Muchos confiesan con una modestia que les honra, su temor y su insuficiencia: otros dicen que los escritos de Balmes son *sui generis*; que es menester leerlos y releerlos; que si después de mucho estudio se encuentran pasajes que resisten al análisis y la crítica, es preciso bajar la cabeza en señal de reverencia, y contentarse con callar y admirar.

Nosotros creemos también que ciertas obras del autor catalán, principalmente las filosóficas y metafísicas, resisten al análisis, "por-

que son espíritus (hemos oído decir), y los espíritus no se analizan." Comentarlas y declararlas, corresponde á un catedrático, no á un biógrafo. Pero hay otras, entre ellas el *Protestantismo*, que pueden analizarse. La mejor prueba es que nosotros, tan incompetentes y tan pobres de ciencia, emprendimos ese trabajo, y concluimos el capítulo 31, cuando llegó á nuestra noticia que Mr. Comberguille, célebre escritor francés, habia publicado en la *Universidad católica* (tomo 18, página 386) un notable artículo, que mereció ser llamado por el mismo Balmes *modelo en su género*. Al examinarlo suspendimos la comenzada tarea; al hacer comparaciones, nuestro ánimo desfalleció, y la abandonamos, recordando también aquellas palabras del doctísimo D. Gregorio Mayans y Siscar (*Vida de Fr. Luis de Leon*, página 45): "Las mejores alabanzas de los artifices, son las que dan los mismos que lo son." Mayans, tan erudito, tan versado en los estudios biográficos y críticos, se abstuvo de emitir su juicio, limitándose á copiar los que Cervantes, Lope y Quevedo hicieron del inmortal cantor de la *Profecta del Tajo*. En la perplejidad de que se nos apellide estúpidos plagarios, ó críticos pedantes, ó meros compiladores, optamos por la última calificación. El ejemplo de Mayans es tan significativo, que despreciándolo seríamos dignos de ciertas inculpaciones ahora no merecidas. Otros motivos hemos tenido presentes: rendir este homenaje al ilustre Balmes acatando la distinguida censura que hizo del artículo; difundirlo para gloria de su autor y enseñanza de los que estudian el difícil arte de la crítica; demostrar que la fama de nuestro compatriota no se encerraba en su país, y que estos elogios extranjeros son un padron glorioso, un testimonio elocuente á favor del sabio catalán y de la España entera; dar solaz y agradable tregua á los lectores para adornecer con este episodio el fastidio que pueda ocasionarles nuestra lánguida narración. Así el desfallecido caminante descansa en la lozana pradera, ó el angustiado marinero en la tranquila ensenada, y continúan después con más brío su viage y su derrota.

Entre los síntomas (*) consoladores (dice Mr. Comberguille) que presenta la España en medio de sus violentos trastornos, debe-

(*) Al transcribir este artículo, prescindimos completamente de su parte política, y de las alusiones á ciertas teorías y á determinados hombres de gobierno. Téngase presente que hablé Mr. Comberguille, no Crósbio. Si es necesaria alguna indicación política, la haremos oportunamente bajo nuestra responsabilidad. Anotar el artículo ó extraerlo, ni nos corresponde ni es conveniente, porque las anotaciones conducirían á un terreno del cual queremos y debemos huir, y los extractos, además de enervar el mérito científico del escrito, frustrarían el objeto puramente literario que nos mueve á publicarlo. Este libro se intitula *Noticia histórica-literaria, no histórico-política de Balmes*.

mos colocar las infinitas obras religiosas de estos últimos tiempos, á pesar de la sujeción de la imprenta y de las persecuciones siempre amenazadoras del poder y de los partidos. No es nuestro objeto mencionar aquí los servicios que la prensa periódica ha prestado en defensa de la verdad: el clero ha dado también su contingente de luces y de sacrificios; no ha quedado atrás el episcopado, ni ha temido rebajar su dignidad volviendo contra el error las armas de que éste ha hecho tan fatal uso. Citaremos al Sr. Rome, obispo de Canarias, el cual ha defendido con elocuencia la fe y la disciplina antes de sufrir persecución por causa de la Iglesia. No es solamente la capital la que ha publicado periódicos y revistas consagradas al cristianismo: las provincias han tenido numerosos órganos del catolicismo, y bajo este punto de vista Barcelona debe ser colocada en primera línea por el número y la importancia de sus producciones.

El Sr. Balmes es uno de los escritores que con éxito más brillante ha batallado en tan gloriosa lucha. Después de haber tomado una parte muy activa en la *Civilización* de Barcelona, y redactado posteriormente la *Sociedad*, publicaciones quincenales justamente apreciadas por los católicos de esta parte de los Pirineos, es el autor de la obra que vamos á manifestar á nuestros lectores; no habiéndolo hecho antes porque, no siendo un libro de circunstancias, debíamos esperar que saliese completa, para mejor comprenderla y analizarla.

El Sr. Balmes ha conocido muy bien, como todos los hombres inteligentes de Europa, que el estado actual de turbación y de malestar, no depende tan solamente de la forma de gobierno; ha visto que la cuestión política se refundía donde quiera en una cuestión religiosa; cuestión inmensa, terrible, que toca á los fundamentos del orden social, porque se enlaza con lo más íntimo y sagrado que hay en las profundidades del corazón humano. Este hecho es en el día tan universalmente reconocido, que no necesita pruebas. ¿Quién no cree ó no dice que hay guerra entre la autoridad, la unidad, la fe por una parte, y el racionalismo, la duda, el espíritu de revuelta, la independencia de todo freno por la otra? Tales son los principios que luchan, y que no se pondrán de acuerdo ni por reformas electorales, ni por mejoras políticas, ni por tal ó cual específico constitucional, en cuya eficacia solo creen las gentes de buena fe.

Estos contrarios elementos, que en el fondo no son más que formas ó facies de la verdad y del error, del bien y del mal en sus innumerables manifestaciones, nos parecen designadas con mucha

exactitud bajo los nombres de *catolicismo* y de *protestantismo*. Porque si está fuera de toda duda que el catolicismo representa solo en el mundo el principio de fe, de unidad, de autoridad moral, no es menos lógicamente verdadero que el protestantismo encierra en sí todos los gérmenes de división, de insubordinación, de desorden intelectual y moral que presentan las doctrinas opuestas á los dogmas cristianos, mientras que por su importancia política reúne todas las potencias en estado de hostilidad contra la comunión católica. Esto nos conduce al exámen de la obra del Sr. Balmes.

Empieza el autor por examinar la naturaleza, el nombre, las causas del protestantismo. Este nombre lleva consigo su definición. Decir *protesta*, es decir oposición, negación. La reforma se ha concretado á destruir donde quiera ha puesto la mano; ha destruido el dogma, la moral, el culto; y lo que ha hecho en el orden religioso, lo ha reproducido en el orden social, en la ciencia, en el arte. No hay en ella un elemento positivo, un principio creador; todo lo que tiene de vida lo recibe del catolicismo. Cuanto más cerca de la Iglesia romana se han quedado las sectas protestantes, más han guardado la antigua forma y respetado las tradiciones; más fuerza y consistencia han conservado. El luteranismo alemán lo reconoce; la Iglesia de Inglaterra lo aprueba; y nadie duda que la mayor desgracia que pudiera acontecer á la pretendida reforma, sería la destrucción del catolicismo. Si la Iglesia católica cayese hoy, mañana habría dejado de existir la reforma, semejante á la sombra que desaparece con el cuerpo á quien sigue; semejante al gusano que muere con el árbol de cuya savia se alimenta.

En cuanto á las causas del protestantismo, no cree el Sr. Balmes que se haya de atribuir tanta parte á los abusos contra los cuales tan fuertemente se ha reclamado. Abusos había sin duda en el siglo XV; pero ¿cuándo no los ha habido? Abusos existían, y muy considerables, desde los primeros tiempos del cristianismo, según el testimonio de los Padres de aquella época. Mayores eran en los siglos IX y X; al fin del XI, Gregorio VII, sentado á pesar suyo en la cátedra de S. Pedro, pareció desfallecer un momento á vista de los males que desolaban la Iglesia. Véase la carta 45 de S. Gregorio VII á S. Hugo, obispo de Cluny. Y en tiempo de San Bernardo bastan algunos pasajes del elocuente doctor para sondear la profundidad de las llagas que existían todavía. Ciertamente el estado de la Iglesia en el siglo XVI estaba lejos de haber empeorado. Grandes santos llenaban de gloria al mundo católico; y si deplorables escándalos exigían grandes remedios, anuncióse jamás una reforma tan sorprendente, y ejemplar como la que había

ya comenzado, y se proseguía bajo los auspicios y por los ejemplos de S. Antonino, S. Carlos Borromeo, S. Felipe Neri, S. Ignacio, S. Cayetano, S. Juan de la Cruz, S. Pedro de Alcántara, Santo Tomás de Villanueva, Santa Teresa, S. Francisco de Sales, S. Gerónimo Emiliano, S. José de Calasanz, S. Pio V? No debe darse á los abusos mayor influencia de la que tuvieron en realidad, así como diversas causas secundarias han de reducirse á su justo valor. La querrela suscitada con motivo de las indulgencias; el fogoso arrebató de Lutero, á quien se convierte muy fácilmente en *genio*; el carácter sofisticó y solapado de Calvino, no fueron mas que pretextos, causas secundarias, instrumentos. Por fin, la *emancipación del pensamiento, el empuje del espíritu humano hácia la libertad*, son palabras retumbantes y vagas que han hecho fortuna: esto no podia dejar de ser. Estas palabras encierran, por otra parte, un sentido verdadero, si con ellas se quiere significar la rebeldía del espíritu individual contra la autoridad. Es evidente que la antigua lucha del orgullo y de las pasiones contra la Iglesia de Jesucristo, debía en el siglo XVI tomar nuevas formas y tener un desarrollo inmenso. El progreso de las ciencias habia producido una *exaltación general*; la investigación filosófica llevada á un extremo, atraía los ánimos hácia todo lo oscuro y atrevido; la pólvora, la imprenta, los viajes lejanos, el descubrimiento del nuevo mundo, iban á cambiar las condiciones del orden social, y abrian vias de comunicacion hasta entonces desconocidas. En medio de tantas cabezas agitadas, de tanto orgullo individual escitado, las nuevas ideas debian encontrar ardientes simpatías, entusiasmar los espíritus, estenderse con la rapidez del incendio, y traer grandes catástrofes. La principal causa, pues, del protestantismo, se halla, dice el Sr. Balmes, en el estado social de los pueblos europeos.

“Pasando á los efectos del protestantismo y del catolicismo, considera á la sociedad cristiana bajo su punto de vista mas general. La primera idea que le llama la atención, es la unidad de doctrina conservada en la Iglesia en medio de las enseñanzas tan diversas. Este concierto de tantas inteligencias superiores, que teniendo cada cual sus sistemas, se han siempre mostrado unánimes sobre la fé y sobre los principios fundamentales, esta unidad maravillosa es la que vino á romper la reforma. No vió en su obcecacion lastimosa, que atentando contra el principio de autoridad en materia de fé, no solo destruía la fé, sino que lanzaba la anarquía en el campo de la inteligencia, y echaba por tierra las bases de todo orden social. El hombre, por mas que haga, se dejará siempre guiar por una autoridad exterior. Y como siente demasiado su debilidad personal,

aun cuando se exalta á sus propios ojos, cede á impulsos extraños. En este punto, tanto el protestantismo como el racionalismo, no han hecho mas que sustituir un despotismo arbitrario á la sábia y legítima autoridad de la Iglesia. Lutero, al protestar contra el papismo, se declara Papa, y Papa absoluto. El primer ministro protestante que se presenta, es Papa en su cátedra, é interpreta las Escrituras santas, y quiere que sus palabras se respeten como las del Evangelio. Nuestros filósofos, hijos de la reforma, hacen otro tanto. Cousin es Papa, y declara hereges á todos los que se permitan suscitár algunas sospechas acerca de la ortodoxia de las doctrinas que enseña. Este conflicto de tantas autoridades contradictorias, produce la mas completa anarquía en las creencias, en la ciencia, y por consiguiente en la sociedad.

“Del orden intelectual pasa el autor á las afecciones morales. El catolicismo habia elevado á la mayor altura el sentimiento religioso; y por medio de este sentimiento sublime, habia creado las sociedades modernas, y obrado los prodigios de virtud, de valor y de patriotismo que formarán la gloria inmortal de la edad media. El protestantismo, rechazando la autoridad de la Iglesia, y apoyándose esclusivamente en la conciencia y en el sentimiento individual, substituyó á los nobles sentimientos católicos la *indiferencia ó el fanatismo*, y algunas veces uno y otro, porque lejos de escluirse entre sí estas dos dolencias del corazón humano, se llaman y se asocian con harta frecuencia. Así lo atestigua la historia de los tiempos modernos. Cita el Sr. Balmes las terribles persecuciones suscitadas en Inglaterra, las guerras civiles de Alemania y de Francia. Podia añadir el estado actual de *exasperación* que existe en gran número de Estados protestantes contra los hijos de la Iglesia romana, y el ardor general de los sectarios en hacer prosélitos: cuando no pueden entenderse entre sí sobre la mas sencilla profesion de fé. Todo el capítulo 8.º está consagrado á definir el fanatismo, y á trazar bien la línea que le separa de la exaltación religiosa. Examinanse y se reducen á su justo valor las acusaciones de fanatismo, tan á menudo dirigidas á los mayores santos de la Iglesia católica. En el capítulo 9.º vemos por qué la reforma ha debido necesariamente terminar en la incredulidad y en la indiferencia religiosa: Hemos observado una corta pero excelente pintura del jansenismo.

“Presentase aquí una cuestion de peso: ¿por qué el protestantismo existe aún, si es verdad que su principio sea un principio de muerte y de destruccion?... Distingamos de faces del protestantismo. O bien se le considera como doctrina positiva, teniendo un símbolo de-

terminado, ó como simple oposicion y negacion. Bajo este último respecto existe y existirá en tanto que habrá en el mundo un error que levantará la cabeza contra la verdad católica. Como cuerpo de doctrina, ha cesado ya de vivir. ¿En dónde hallaremos dos ministros que estén de acuerdo sobre las verdades fundamentales? ¿Hay una sola *Iglesia protestante* que haya conservado la doctrina de Lutero y de Calvino? Y no debe olvidarse tampoco que los fundadores estaban lejos de hallarse acordes entre sí, y que desde el principio, el sistema dogmático de los padres de la reforma estuvo en contradiccion abierta con este *espíritu de libertad* de que tanto se blasona. Esto es lo que prueba á la perfeccion el Sr. Balmes, esponiendo el sistema protestante sobre el *libre arbitrio*, y demostrando los servicios que el catolicismo ha prestado á la civilizacion moderna defendiendo el principio de la libertad humana. Concluye el autor esta discusion, de la cual solo hemos podido indicar los principales puntos, por el escámen de los resultados que produciria la introduccion del protestantismo en España. "Esto será (dice) una nueva manzana de discordia en lo interior, y en lo exterior un anillo mas, añadido á la cadena que la Inglaterra quiere imponer en el cuello de la España." El modo con que el autor desenvuelve estas consideraciones, merece la atencion de los políticos.

«A continuacion de estos puntos de vista generales, llega el Sr. Balmes al objeto especial de la obra, que es, como indica su titulo, la comparacion del catolicismo y del protestantismo, considerada en la influencia que han ejercido en la verdadera libertad, en el progreso; en una palabra, en todo lo que constituye la civilizacion actual. Remóntase al establecimiento del catolicismo, y nos le presenta dando origen á las nuevas sociedades que tomaron despues el nombre de *crisandad*; sigue la marcha de la Iglesia, que profesando respeto al órden establecido, se dedica á combatir todas las pasiones, todos los errores, cambia poco á poco las ideas, introduce el espíritu evangélico en la legislacion, y llega hasta desarraigat sin violencia los sistemas sociales del paganismo, cimentados en el doble principio de la guerra y de la servidumbre.

«Un grande hecho resume en algun modo toda la accion de la iglesia en la obra de la regeneracion social; tal es la abolicion de la esclavitud. No empezó la Iglesia por sublevar al esclavo contra su señor; no predicó á hombres bárbaros teorías subversivas; y para destruir un horroroso desórden, no se espuso á provocar desórdenes tal vez mas horrorosos aún. Para ello se preparó de mas lejos y con mucha prudencia. La Iglesia, sin dejar de prescribir la obediencia á las leyes, enseñó la igualdad de los hombres delan-

te de Dios, despertó el sentimiento de la dignidad humana en el esclavo, y atacó sin miramiento el orgullo del dueño. El dogma de la Encarnacion y el de la Redencion, ponian sin cesar ante los ojos el ejemplo de un Dios elevando hasta él la naturaleza humana, llamando á todos los hombres *hermanos suyos*, muriendo para todos, y guardando sus preferencias para los pequeños y para los pobres. El instrumento del suplicio de los esclavos levantado sobre un altar y colocado muy luego sobre la frente de los reyes, era el simbolo de la reorganizacion fraternal de la humanidad, y al renegar de este simbolo augusto, no ha visto el protestantismo que atacaba toda la constitucion cristiana de las sociedades modernas. La Iglesia no se limitaba á hacer que penetrase por todas partes el espíritu de caridad por medio de sus máximas y de sus predicaciones, sino que echaba mano con generosa profusion de los medios prácticos. Aquí recuerda el autor con alguna detencion los esfuerzos incesantes y sábiamente graduados de la sociedad cristiana para favorecer las emancipaciones; el rescate de los cautivos para multiplicar las garantías entre las clases nuevamente emancipadas, y asegurarles el goce de una libertad cuyo primer uso daba que temer. Toda esta disertacion, y las notas que la acompañan sobre la abolicion de la esclavitud, atestiguan los profundos conocimientos del Sr. Balmes en historia y en legislacion. Termina por una sucinta reseña de las doctrinas de San Agustin y de Santo Tomás sobre la esclavitud, que le dan ocasion de refutar las opiniones de Mr. Guizot sobre la parte que la Iglesia ha tomado en la emancipacion de las clases serviles.

«En general, el Sr. Balmes parece haberse propuesto combatir los muchos errores de Mr. Guizot en su *Historia de la civilizacion moderna*, y por cierto que escogió un digno adversario. Este libro, en efecto, escrito con ciencia y moderacion, encerrando miras del todo nuevas, haciendo justicia al cristianismo en muchos puntos, ha venido á ser en alguna manera la manifestacion de la filosofia moderna. Importaba señalar los falsos principios del autor, sus descuidos históricos; descorrer el velo á la injusticia de sus juicios y á sus prevenciones, mal disfrazadas bajo una apariencia de imparcialidad filosófica; y esto ha hecho el Sr. Balmes con tanta cortesía como erudicion. La obra merece en esta parte la simpatía de los católicos de Francia, y sirve de respuesta necesaria á la obra célebre de Mr. Guizot.

«Con todo, sería hacer una injusticia al señor Balmes el considerar su trabajo como una simple refutacion. El tiene sus ideas y su marcha; preséntase como historiador mas bien que como criti-

co; y solo después de haber sentado sus teorías, es cuando vuelve contra su adversario el arma de una lógica severa. Sigamos.

«A fin de conocer bien la trasformacion social obrada por la Iglesia católica, es necesario examinar la civilizacion en sus tres elementos, el individuo, la familia, la sociedad. La historia del paganismo nos ofrece el sentimiento de la individualidad, tan pronto esaltado desmedidamente, sin otra regla que la satisfaccion de los instintos brutales, como oprimido por una ley despótica y concentrada en provecho del principio de asociacion. La religion cristiana enseñó al hombre á conocerse á sí mismo, fijando al propio tiempo las verdaderas relaciones del individuo con la sociedad. El Evangelio, y el Evangelio predicado por la Iglesia, es el que vino á revelar la verdadera dignidad del hombre y del ciudadano, haciendo hablar en alta voz la conciencia, dando una nueva energia al sentimiento del deber, creando la vida moral é interior, estableciendo sobre bases indestructibles el dogma del libre arbitrio.

«La verdadera constitucion de la familia, es tambien obra del cristianismo. El estado degradante de la muger en la sociedad antigua, y que subsiste todavia donde no reina la ley de Cristo, es una de aquellas monstruosidades que todos los filósofos juntos no pudieron conocer; y mucho menos curar; fué necesario que la Iglesia católica viniese á descubrirla y remediarla. Ella proclama los dos preceptos de la monogamia y de la indisolubilidad del lazo conyugal. Esto dió unidad y fijeza á la familia, rehabilitó la dignidad de la esposa, y la consagracion de la virginidad pasó á ser el mas bello titulo del ennoblecimiento de la muger. ¿Qué ha hecho el protestantismo relativamente á la familia? Ha abolido la virginidad; destruido la indivisibilidad del matrimonio admitiendo el divorcio; atrevido la monogamia tolerando desde su nacimiento la pluralidad de mugeres. Es visto que sus tendencias van á conducirnos directamente á la civilizacion pagana.

«Queda para considerar la influencia del catolicismo y del protestantismo sobre la sociedad. El primer efecto de la civilizacion cristiana que llama la atencion del Sr. Balmes, es la creacion de una conciencia pública, recta, ilustrada, uniforme en todos los pueblos sometidos á la Iglesia. La conciencia pública es la opinion general, no la opinion flotante, faeticia, formada y destruida en un solo dia por órganos mentirosos. Por ella distingue un pueblo la verdad del error, lo que le conviene de lo que no le conviene; y por medio de ella se pronuncia ó se decide tambien sobre las grandes cuestiones sociales. La conciencia pública es á la moralidad de un pueblo, lo que la conciencia privada es á la moralidad del individuo. Ha con-

tribuido el protestantismo á formar ó á rectificar esta conciencia pública de la cristiandad? No habia nacido el primero cuando ya estaba formada la segunda; y posteriormente solo trabajó en disminuirla, en falsearla. Y la hubiera radicalmente destruido si en el siglo XVI la Europa no hubiese sido ya adulta, y por consiguiente no hubiese acabado su educacion. El la atacó por el principio del *libre examen*, que conduce al escepticismo; el desquició totalmente el sistema admirable de la legislacion católica, que abrazaba toda la vida humana para dirigirla hácia las virtudes mas sublimes. Desconociendo el espíritu de la Iglesia en sus reglamentos tan sábios, tan profundamente combinados con la naturaleza humana, abolió los sacramentos, la confesion, reclamada ahora por todas ó casi todas las almas religiosas en el seno de la reforma, y otras instituciones que el protestantismo echará menos demasiado tarde, y que parece intenta restaurar á medias.

«Muéstranos el autor la suavidad de costumbres, debida á la accion de la Iglesia. Trata de la beneficencia pública, y de su desarrollo en Europa bajo el imperio de la ley cristiana. Pone de manifiesto la diferencia entre el protestantismo y el catolicismo con relacion á la beneficencia. El catolicismo ha creado la *caridad*; la reforma ha inventado la *filantropía*, *falsa moneda de la caridad* segun la bella espresion de Mr. Chateaubriand.

«La cuestion de la blandura de costumbres, lleva á la de la tolerancia, la cual á su vez conduce á la Inquisicion. El autor habla de la Inquisicion española como hombre que ha estudiado la historia de su pais. Distingue con cuidado las épocas, y juzga los hechos segun los verdaderos principios. Sentimos que el Sr. Balmes no haya podido dar mayor estension á esta parte de la obra. Una historia completa de la Inquisicion por un español docto y católico, seria un trabajo precioso en extremo, y que no creemos superior á las fuerzas del Sr. Balmes.

«Es necesario, si se quiere conocer la historia de la Inquisicion, dividirla en tres periodos. El primero desde su instalacion hasta el reinado de Carlos V, época en que se dirigió principalmente contra los judaizantes y los moros; el segundo desde el dia en que empezó á concentrar sus esfuerzos para impedir la introduccion del protestantismo en España hasta que cesó del todo este peligro, es decir, hasta el advenimiento de los Borbones; el tercero, en fin, desde que la Inquisicion se limitó á reprimir los vicios infames, y á cerrar la puerta á la filosofía del siglo XVIII, periodo que ha durado hasta la abolicion de la esclavitud en estos últimos tiempos. El establecimiento de la Inquisicion bajo el reinado de Isabel, cu-

yo nombre tan alto lugar ocupa en la historia, lejos de estar en pugna con la voluntad del pueblo español, no hizo mas que satisfacer un voto nacional. Querer juzgar de esta institucion sin tener en cuenta el estado de los ánimos, las ideas admitidas, las creencias, las costumbres de la época, es juzgar sin conocimiento y sin equidad. En un tiempo en que la sociedad era antes que todo católica, en que la unidad de creencias y de culto se consideraba como ley no solo religiosa, sino hasta política, el cuerpo social no podia dejar sin defensa los principios sobre que reposaba su fuerza, su grandeza, su existencia misma. Si á nadie le ocurrió nunca el disputar á una unidad, á una nacion constituida conforme á las leyes de la justicia el derecho de vigilar en su conservacion y de resistir por vias legales á sus enemigos exteriores é interiores, la cristiandad, esta magnífica creacion de la Iglesia católica, formada de todas las naciones reunidas bajo las leyes del Evangelio, podia pretender sin duda ejercer el mismo derecho. Al consultar la historia, vemos que la Inquisicion (y no hablamos tan solo de la Inquisicion española, sino de todos los tribunales conocidos bajo este nombre en Europa), con todo su clásico cortejo de autos de fé, de sambenitos, de hogueras, de tormentos, de verdugos sagrados, de frailes sanguinarios, no ha derramado la milésima parte de la sangre que ha hecho verter el principio de *tolerancia absoluta*. La sola Inglaterra, de donde han partido tantas elocuentes invectivas contra el *Santo Oficio*, ha inmolado mas víctimas en tres reinados solamente, y con circunstancias muchísimo mas atroces (y prescindimos de los robos públicos, de las confiscaciones, de los incendios, de las ruinas, de los destierros, del embrutecimiento de las clases inferiores), que las sacrificadas durante cuatro ó cinco siglos por toda la justicia inquisitorial de la cristiandad. Aun cuando este célebre tribunal no hubiese hecho otra cosa que defender los Estados en donde fué establecido contra los cismas y las heregías, contra el espíritu de division y de duda que ha oscurecido toda verdad, aniquilado toda fé, socavado los fundamentos sociales y cubierto la Europa de sangre y de ruinas, este tribunal, repetimos, hubiera merecido bien de la patria y de la humanidad, y la historia le deberia un distinguido lugar entre las grandes y útiles instituciones.

“Otro punto sobre el cual es necesario detenerse para apreciar la accion reciproca del catolicismo y del protestantismo, es el artículo de las instituciones religiosas. El catolicismo las produjo y las favorece; el protestantismo las detesta y las destruye. ¿Cuál de los dos se muestra mas conforme al espíritu y á la letra del Evangelio? Basta observar que las instituciones religiosas tienen por

objeto el tender á la *perfeccion moral*, conforme á aquel célebre testo: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*. El medio empleado para llegar á este término, es el poner en práctica los consejos del Evangelio, que son la parte mas sublime y mas heroica de la ley cristiana. A fin de realizar en la vida humana un estado tan superior á la naturaleza, las fundaciones religiosas recurrieron á la asociacion, que da la fuerza, y al voto, que asegura la duracion. ¿No está todo esto en perfecta armonía con la religion de Jesucristo? Así que, donde quiera penetra la fé cristiana, las comunidades religiosas se presentan bajo una ú otra forma, y son el producto necesario y espontáneo del verdadero cristianismo.

“Añadamos á esto que las órdenes religiosas no solo son conformes á la ley evangélica, sino que corresponden á las mas profundas necesidades de la naturaleza humana. Elévase aquí el autor á consideraciones de la mas sublime filosofia, penetra en el fondo del corazon del hombre, descubre el velo á sus debilidades, revela los íntimos dolores; los recuerdos, los deseos sin medida que el mundo no hace sino excitar y que Dios solo puede satisfacer. Transcribir quisieramos algunas de estas páginas, dictadas por un conocimiento delicado de los instintos de la humanidad, y de las cuales resulta que el catolicismo, teniendo por objeto la felicidad de la vida futura, procura tambien la dicha y el verdadero reposo de la vida presente.

“Encontramos aquí una serie de capítulos consagrados á seguir la filiacion histórica de las órdenes religiosas desde los Padres del desierto hasta los tiempos modernos. Los solitarios de la Tebaida quedan vindicados de los sarcasmos de que tan á menudo han sido el blanco por parte de una filantropía ignorante y rencorosa. Demuestra el autor la influencia que ejercen sobre la filosofia y las costumbres del Oriente. Solo estas existencias prodigiosas, solo estas virtudes sobrehumanas hubieran sido capaces de hacer impresion en las poblaciones embrutecidas del Egipto y del Asia. Mas tarde, cuando la civilizacion pasó á Occidente con el cristianismo, la vida monástica sigue este movimiento, y vémosla renacer en la gruta de San Benito vestida de formas mas convenientes á la época. La vida laboriosa de los monges rehabilita el trabajo y restablece entre las hordas bárbaras esta primera ley de la humanidad: las posesiones de los monasterios crean el respeto á la propiedad; los claustros se convierten en asilo de las ciencias y de las letras. Cada siglo ve nacer corporaciones que corresponden á las necesidades del tiempo. Las guerras contra el mahometismo producen las órdenes militares y rectoras; en el siglo XIII sa

presentan los dominicos y franciscanos á combatir el falso misticismo y la filosofía sutil de las sectas contemporáneas. Toda la historia de los cuerpos religiosos está escrita con un calor que contrasta bellamente con la forma razonada del resto de la obra.

“El protestantismo vino á detener este vuelo universal de la cristiandad; y cabalmente en el momento en que las naciones europeas, recogiendo por fin el fruto de largos siglos de trabajos continuos y de esfuerzos inauditos, se presentaban al mundo llenas de energía y de esplendor. El desarrollo del espíritu corría pareja con el acrecentamiento del poder. ¿Quién puede decir en qué punto se hubiera detenido la marcha de la Europa, obrando de concierto, y llevando la antorcha de la civilización á la América, al África, al Asia? Por desgracia la voz de un apóstata rompe la unidad de pensamiento y de objeto; la discordia entra en el corazón de los pueblos hermanos por la fé; llámase á las armas; la sangre corre á torrentes. Nunca los siglos llamados *bárbaros*, y que fueron nuestros primeros civilizadores, presentaron calamidades comparables con las guerras civiles encendidas por la *reforma*, y con las persecuciones que ella suscitó en Alemania, en Suiza, en los Países-Bajos, en Francia, en Inglaterra. El capítulo 54 del Sr. Balmes contiene una elocuente reseña para apreciar la influencia ejercida por el cisma protestante sobre la civilización contemporánea. Vamos á poner su conclusion á la vista de nuestros lectores:

“Para todo hombre pensador es evidente que la Europa no es lo que hubiera sido sin la aparición del protestantismo; y por cierto no es menos claro que los resultados de la influencia civilizadora de ese gran conjunto de naciones no han correspondido á lo que prometía el principio del siglo XVI. Gloriense en hora buena los protestantes de haber dado á la civilización europea una nueva dirección; gloriense de haber enflaquecido el poder espiritual de los Papas, estraviando del santo redil á millones de almas; gloriense de haber destruido en los países de su dominación los institutos religiosos, de haber hecho pedazos la gerarquía eclesiástica, y de haber arrojado la Biblia en medio de las turbas ignorantes, asegurándolas para entenderla las luces de la inspiración privada, ó diciéndoles que basta el dictámen de la razón: siempre será cierto que la unidad de la religión cristiana ha desaparecido de entre ellos, que carecen de un centro de donde puedan arrancar los grandes esfuerzos, que no tienen un guía, que andan como rebaño sin pastor, que están fluctuantes con todo viento de doctrina, y que están tocados de una esterilidad radical para producir ninguna de las grandes

obras que tan á manos llenas ha producido y produce el catolicismo: siempre será cierto que con sus eternas disputas, sus calumnias, sus ataques contra el dogma y la disciplina de la Iglesia, la han obligado á mantenerse en actitud de defensa, á combatir por espacio de tres siglos, robándole de esta suerte un tiempo precioso y unos medios que hubiera podido aprovechar para llevar á cabo los grandes proyectos que meditaba, y cuya ejecución comenzaba ya tan felizmente. Si el dividir los ánimos, el provocar discordias, el excitar guerras, el convertir en enemigos á los pueblos hermanos; el hacer de un banquete de una gran familia de naciones una arena de encarnizados combatientes; si el procurar el descrédito de las misiones que van á predicar el Evangelio á las naciones infieles; si el ponerles todos los obstáculos imaginables; si el echar mano de todos los medios para inutilizar su caridad y su celo; si todo este conjunto es un mérito, este mérito lo tiene el protestantismo: pero si es un cúmulo de plagas para la humanidad, de esas plagas es responsable el protestantismo.

“Cuando Lutero se llamaba encargado de una alta misión, decía una verdad terrible, espantosa, que él mismo no comprendía. Los pecados de los pueblos llevan á veces la medida del sufrimiento del Altísimo; el estrépito de los escándalos del hombre sube hasta el cielo y demanda venganza; el Eterno en su cólera formidable lanza sobre la tierra una mirada de fuego; suena entonces en los arcanos infinitos la hora fatal, y nace el hijo de perdition que ha de cubrir el mundo de desolacion y de luto. Como en otro tiempo se abrieron las cataratas del cielo para borrar el linage humano de la faz de la tierra, así se abre la urna de las calamidades que el Dios de las venganzas reserva para el día de su ira. El hijo de perdition levanta su voz, y aquel es el momento señalado al principio de la catástrofe. El espíritu del mal recorre la superficie del globo, llevando sobre sus negras alas el eco de aquella voz siniestra. Un vértigo incomprendible se apodera de las cabezas; los pueblos tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen; en medio de su delirio, los mas horribles precipicios les parecen caminos llanos, apacibles, sembrados de flores; llaman bien al mal y mal al bien; beben las copas emponzoñadas con un ardor febril; el olvido de todo lo pasado, la ingratitude por todos los beneficios se apodera de los entendimientos y de los corazones; la obra del genio del mal queda consumada; el príncipe de los espíritus rebeldes puede hundirse de nuevo en sus tenebrosos dominios, y la humanidad ha aprendido con una lección terrible, que no se provoca impunemente la indignacion del Todopoderoso.”

“No es posible entrar en el parangón del protestantismo con el catolicismo sin presentar al lado de los primeros doctores de la reforma el instituto de los jesuitas, especialmente llamado á combatirlos. No pudiendo nuestro autor trazar su historia, marca muy bien la acción que ejercieron en el siglo XVI. Conocieron (dice) los jesuitas que era menester caminar con rapidez, y no quedarse atrás en ningún ramo de conocimientos humanos. Pónense, pues, al frente de las ciencias, de las misiones, de la educación, de la controversia; se les halla en las universidades, en las cátedras, en los concilios, en los hospitales, en el lecho de los apesados, en los palacios de los reyes; dejan ya rastro de sí en todos los mares: 20 años después de la muerte de su fundador, su sangre había corrido por la fe en las cuatro partes del mundo. Esta prodigiosa actividad y el éxito de que fué seguida, explican los odios violentos de que ha sido blanco ya desde su cuna la Compañía de Jesús. El Sr. Balmes examina rápidamente las principales acusaciones dirigidas contra aquella sociedad, y hace observar una singular contradicción de Mr. Guizot en este punto.

“Al fin del tomo 2.º hallamos algunas reflexiones muy al caso acerca del porvenir de los institutos religiosos. Donde quiera reinará el catolicismo, las órdenes religiosas serán conservadas. Ciertas formas podrán ser modificadas; pero su principio es tan indestructible como el mismo principio cristiano. Lejos de estar en oposición con la marcha progresiva de las sociedades modernas, el principio de asociación religiosa es reconocido, por un gran número de distinguidos talentos, como una condición necesaria del progreso social. El acrecentamiento formidable de la población, el prodigioso desarrollo de la industria, la división de la propiedad, el desórden en la distribución del trabajo, la miseria siempre creciente de las clases inferiores, la desigualdad siempre mas marcada entre el rico y el pobre, parecen presagiar terribles trastornos en un porvenir mas ó menos cercano. ¿Cuáles son los medios que la sociedad actual se apresura á oponer á estos elementos de una revolución mas profunda y mas general que la de los últimos tiempos? Repite todo el mundo que es urgente el mejorar el estado de las masas, el moralizarlas, el contenerlas. ¿Qué hace, no obstante, y qué puede hacer el genio de los hombres entregados á su sola fuerza? Se buscarán mil ingeniosos medios; pero solo la inteligencia que fundó las sociedades, es capaz de defenderlas y de curarlas. Una nueva expansión de la caridad católica es la que puede aplicar al mal interior que atormenta á los pueblos, remedios eficaces, que en vano reclamaremos de los sistemas de los filósofos y de los políticos modernos.

“Hasta aquí se ocupa el Sr. Balmes de las condiciones generales de la civilización; mas siguiendo su plan, llega á las cuestiones políticas mas delicadas y mas árduas. Su tercer tomo está destinado al éxamen del catolicismo y del protestantismo en la acción que han ejercido sobre la constitución actual de los Estados europeos. Casi todas las escuelas filosóficas andan de acuerdo en conceder á la reforma y á la filosofía el honor de haber descubierto los derechos de la humanidad, que tan enfáticamente han proclamado las constituciones contemporáneas. El Sr. Balmes se esfuerza en combatir este impostor sistema, al cual ataca sucesivamente en el terreno de las doctrinas y en el de los hechos. La extensión de este artículo no nos permite seguir al autor en esta polémica, llena de saber y de buena lógica. Nos contentaremos con indicar los principales puntos de la discusión y su marcha general. Tomando por guías á Santo Tomás, Belarmino, Suarez y otros teólogos de intachable doctrina, el Sr. Balmes trata sucesivamente del origen de la sociedad y del poder político, de la comunicación mediata é inmediata de este poder, define lo que debe entenderse por *derecho divino*, y no teme entrar de lleno en la cuestión de la resistencia del poder, que resuelve con tanta moderación como firmeza, segun los doctores católicos mas estimados.

“Después del éxamen de las doctrinas, viene la exposición de los hechos. El autor traza el cuadro de la sociedad política en el siglo XVI, y considera en tres capítulos la monarquía, la aristocracia y la democracia, disertando con notable maestría sobre la protección concedida á la industria y á las artes mecánicas por las instituciones de la edad media, particularmente en España.

“El Sr. Balmes nos muestra dos clases de democracia: la una sosegada, fuerte, defendiendo sus derechos sin desconocer la autoridad de los poderes legítimos, amiga del órden, llena de entusiasmo por todos los sentimientos generosos, pudiendo estraviarse sin duda, pero volviendo luego á los límites del deber: este es el verdadero pueblo tal como lo ha hecho el catolicismo. A su lado hallamos otra democracia turbulenta, rebelde, siempre inquieta, cuyas huellas pueden seguirse en la historia de las sectas que agitaron la Iglesia y el Estado desde el siglo XVI. Ella dió discípulos á los *pastorales*, á Janquelin, á Waldo, á Enrique, á los Albigenses, á Juan Hus, á Lutero, á Juan de Leide, y la encontramos encarnada en todos los excesos de las últimas revoluciones. El miedo á esta democracia es el que ha motivado en parte la reacción despótica y el establecimiento del poder absoluto en casi todos los Estados cismáticos del Norte de la Europa. El régimen democrático no es,

pues, de modo alguno opuesto al sistema católico; y á la Iglesia deben su establecimiento las instituciones populares. La monarquía, la democracia, la aristocracia, todas las formas sociales son compatibles con el catolicismo; él las admite todas y las perfecciona, haciéndolas siempre mas conformes á la ley eterna de la justicia y de la caridad.

Termina la obra por una ojeada sobre el desarrollo del espíritu humano bajo la influencia de la Iglesia. El autor refuta la acusacion tan vulgar como ligera que no cesa de dirigirse á la fé cristiana, de encadenar el pensamiento y de detener la marcha de la razon. En apoyo de esta objecion, Mr. Guizot y despues Mr. Michelet han imaginado un sistema que consiste en hacer de todos los hereges de la edad media otros tantos defensores de la libertad de pensar. Hay, segun ellos, como una genealogia de *pensadores libres*, que empieza por Scoto, Orígenes (ó Pelagio, segun el Sr. Michelet), y que por medio de Abelardo, Roscelin, los sectarios del siglo XII y XIII, da la mano á los del siglo XV y XVI, y á los filósofos del XVIII y XIX. Tales son los hombres que no se tiene rubor de llamar defensores de la inteligencia. Opone el Sr. Balmes á las ridiculas y monstruosas aberraciones de estos novadores, las magníficas producciones del genio católico; detiéndose particularmente en los trabajos sublimes de un San Anselmo de Cantorbery y de un Santo Tomás de Aquino, que bastan sin duda para mostrar si es verdad que el dogma católico pone trabas al desarrollo de la razon y corta las alas del espíritu humano. En un postrer capítulo, el catolicismo y el protestantismo son presentados y comparados con respecto á los servicios que han hecho á la erudicion, á la critica, á las lenguas sábias, á las universidades, á la literatura, á las artes, á la metafísica, á la moral, á la filosofía religiosa é histórica. El autor resume su obra declarando que la somete al juicio de la Iglesia romana.

Tal es, en cuanto nos ha sido dable indicar, el plan de esta producción notable, cuyo pensamiento dominante es este: "Antes del protestantismo la civilizacion europea habia ya tomado todo el desarrollo que le era posible: el protestantismo falseó el curso de la civilizacion, y atrajo males inmensos á las sociedades modernas: los progresos que se han realizado despues del protestantismo, no han sido obtenidos por él sino á pesar suyo." Emplea el autor en el desenvolvimiento de esta tesis un conocimiento profundo de la historia y un severo método filosófico. Mira los hechos desde un punto elevado, los examina bajo sus facés distintas, y los refiere á sus verdaderos principios. Tal vez serian de desear en algunos lu-

gares divisiones mas marcadamente indicadas, y en otras transiciones llevadas con mas cuidado. Esto facilitaria el seguir la marcha del autor, la cual no deja de percibirse, si atentamente se observa. El estilo es fácil y abundante, y á veces se eleva hasta la elocuencia. A España toca tomar de esta obra sólidas y saludables lecciones, y en ella encontrará motivos poderosos para adherirse mas y mas á la fé religiosa, que ha hecho durante tantos siglos su fuerza, su felicidad y su gloria. Sea como fuere, el porvenir de una nacion que produce escritores del temple de Balmes, está lejos de ser desesperado. Esta nacion podrá sufrir largas y terribles pruebas; pero el principio de vida no está estinguido en su seno; volverá á aparecer en el día señalado, brillará con nuevo esplendor, é inundará al mundo con sus fulgores. Tal es el voto sincero que formamos por la generacion española. Tiempo seria que volviese á entrar en el goce de sus derechos de pueblo libre é ilustrado, y esto no puede verificarse sino por medio de una doble emancipacion: la emancipacion política del yugo que la Inglaterra no cesará jamas de querer imponerla, y la emancipacion intelectual de las falsas ideas filosóficas que Francia le envia diariamente con sus modas y sus periódicos. Mas para romper esta doble servidumbre, preciso es ante todo que la España vuelva á ser por sí misma la España libre, la España católica; preciso es que se apresure á estrechar la union con el centro de la unidad, union tan infelizmente quebrantada, sin la cual no habrá jamas para la España ni fuerza religiosa ni dignidad política; que se agrupe al rededor del clero que ha permanecido fiel; y que en vez de prestar oídos á los pérfidos consejos del extranjero, escuche la voz de los que deben ser sus guías naturales, y cuyo deseo no es otro que su independencia, su gloria y su prosperidad. Entre estas voces amigas, la España sabrá ciertamente reconocer la palabra elocuente y generosa del Sr. Balmes."

Otros periódicos franceses, entre ellos la *Gaceta* y el *Corresponsal*, rindieron al *Protestantismo* y á su autor homenajes tanto mas gloriosos, cuanto venian de un pais que se jacta de marchar al frente de la moderna cultura. Omitimos las alabanzas de varios escritores españoles, porque pudieran creerse inspiradas por otro sentimiento que el de la verdadera admiracion. "Esta obra (dice su mismo autor) se acabó de publicar á principios de 1844, y en Agosto de 1846 se hallaba ya muy adelantada la venta de la segunda edicion. Se ha traducido en Paris y en Roma y no ha sufrido ninguna censura: apelo al testimonio de todos los señores obispos españoles para que digan si jamas han dirigido ninguna censura, y

si antes bien no me han felicitado de palabra ó por escrito casi todos ellos; el cardenal de Sevilla, el arzobispo de Tarragona, el de Santiago, el obispo de Pamplona, el de Palencia, el de Córdoba, el de Barcelona, el de Canarias, el de Tuy, el de Calahorra, el de Coria, el de Salamanca, dándome todos especiales muestras de predilección, y de que no les eran ingratos mis trabajos. Igual distinción he obtenido en el extranjero, y debieran oírlo en Madrid de boca del señor arzobispo de Burdeos, los señores obispos de Coria, Tuy, y Habana. El sábio obispo inglés Wissemann me escribió en el mismo sentido. La traducción del *Protestantismo* hecha en Roma, y de la cual tengo en mi poder los dos tomos primeros, es una señal de que la obra está acogida favorablemente en la capital del mundo cristiano, mayormente si se añade que hace mas de dos años que recibí un ejemplar de ella el Sumo Pontífice Gregorio XVI. El célebre padre Perrone, de la Compañía de Jesus, en un compendio de sus Prelecciones Teológicas dice lo siguiente: "Emprendió recientemente un nuevo camino el español Balmes, cuando en un continuado paralelo entre la religion católica y el protestantismo, demostró solidísimamente lo que aquella hizo en bien de la sociedad civil y lo que éste hizo en su daño." Despues marché á Madrid, donde fundé el *Pensamiento de la Nacion* (15); y los lectores saben si he cumplido ó no lo que ofrecí en mi prospecto. En cuanto á la consecuencia de mis doctrinas, baste decir que no hay en el *Pensamiento* ninguna idea política, inclusa la del matrimonio de la reina con el conde de Montemolin, que no estuviese indicada en mis anteriores escritos." Antes de su salida de Barcelona mereció la honra de ser nombrado miembro de la comision local de la instruccion primaria, é individuo y director despues de la Asociacion defensora del trabajo nacional y de la clase obrera.

Al hablar en su *vindicacion* de las obras que dió á luz, solo dedica una línea al *Criterio*, á esa produccion sublime, mas admirada y mas célebre por su título, que conocida y estudiada en su fondo. Son á la verdad muy escasos los talentos que en este siglo de novelas y de periódicos se dedican á las ciencias abstractas. Envueltos en el torbellino de la política; identificados mas ó menos con los sucesos de esta época, que pudiera llamarse caballeresca si no fuese tan desastrosa; pendientes siempre de la actualidad y sin norte para el porvenir, no tienen los hombres aficionados á las letras el sosiego que exige cierto género de estudios. Esta es razon, no disculpa, que alcanza á todos los autores y á todos los leyentes. Pero entre los pocos sábios que siguiendo impávidos las vici-

situdes públicas no abandonan jamas sus incontrastables designios, merece citarse á Balmes. Fugitivo de Barcelona contra su voluntad, pues casi arrastrado por sus parientes y amigos salió de la desolada capital; refugiado en una casa de campo, sin mas libros que los Breviarios, el Kempis y la Biblia; vibrando en sus oídos el estampido del cañon, cuyos ecos mortíferos partian desde Monjuich para retumbar por todas las comarcas vecinas, Balmes el filósofo, Balmes el contemplativo, escribió en aquellos dias de funesta recordacion el inmortal *Criterio*, y absorto en sus meditaciones religiosas y científicas, renovaba hasta cierto punto el ejemplo de Arquimedes, que seguia imperturbable sus tareas mientras el ejército romano sembraba la desolacion y el esterminio en la desventurada Siracusa. Nos han dicho en Barcelona que el ilustrado D. Juan de Zafont, abad de San Pablo, al leer el *Criterio* exclamó: "¡Feliz bombardeo, que nos has dado una obra como esta." Nosotros no llevamos tan adelante la admiracion, y creemos que el Sr. Zafont, recordando sin duda otra hipérbole, sacrificó á la sublimidad del concepto los sentimientos de su alma.

En este "libro de oro," segun espresion del respetable y doctísimo D. Mariano Roquer, antiguo rector del colegio de Tortosa, guarda siempre Balmes una prudencia ejemplar, desenvuelve los pliegues mas recónditos del corazon humano, y esplica las aberraciones del entendimiento y sus causas. Penetrados de profundo respeto, apenas nos atrevemos á indiciar sus capítulos para ofrecer á nuestros lectores una idea de las preciosidades que encierran. El principio sentado en el 1.º, "la verdad es la realidad de las cosas: si deseamos pensar bien, hemos de procurar conocer la verdad, es decir, la realidad de las cosas," es trascendental, y fecundísimo en reflexiones á cuya evidencia nadie puede resistir. Cada uno de los seis párrafos despide rayos de luz que esclarece gradualmente los senderos de la verdad. El capítulo 2.º presenta los obstáculos que nos impiden llegar al conocimiento de esa misma verdad, y habla de la definicion, de la atencion, de los atolondrados, y de los ensimismados. Es objeto del 3.º la carrera á que cada uno debe dedicarse; y somos deudores á Balmes de haber desvanecido la preocupacion, bastante general, de que el individuo dotado de felices disposiciones para estudiar una ciencia, es apto para todas. Napoleon y Descartes (dice) son dos genios, y sin embargo, en nada se parecen. Sobre las metafísicas cuestiones de posibilidad é imposibilidad, objeto del capítulo 4.º, discute con admirable acierto, y logra facilitar la inteligencia de la posibilidad de algunos misterios de nuestra santa fé. Los tres primeros pár-

raños del capítulo 5.º explican la necesidad del testimonio de los sentidos, y los diferentes modos con que nos proporcionan el conocimiento de las cosas; los errores en que incurrimos por ocasion de los sentidos, y su remedio; la necesidad de emplear en algunos casos mas de un sentido para la debida comparacion. Siendo muy arriesgado el juzgar de las relaciones de los objetos "porque se los ha visto unidos alguna vez ó sucederse con poco intervalo," nos será muy fácil preaver este riesgo guardando con esactitud las reglas que establece el párrafo tercero del capítulo 6.º para conjeturar con acierto sobre la coexistencia y sucesion.

En el escámen de la máxima vulgar "piensa mal y no errarás," que es la materia del segundo párrafo del capítulo 7.º, ha sabido hermanar la prudencia de la serpiente con la candidez de la paloma. Las reglas para discernir con cordura cuándo debemos sospechar de los hombres ó confiar en su probidad, parecen, mas bien que la obra de un jóven inesperto, el resultado de las observaciones del anciano reflexivo que ha desempeñado cargos muy árdnos en la diplomacia ó en la gobernacion de un reino. Balmes confirma el dicho de Solís, "que no en todas las empresas se debe á las canas la seguridad de los aciertos." Hablando en los capítulos 8.º, 9.º, 10.º y 11.º de la autoridad humana en general, de los periódicos, de las relaciones de los viajeros y de la historia, da pruebas de ser un crítico consumado, y nos pone de manifiesto, cual faro brillante, todos los escollos ocultos en el proceloso mar de las cavilaciones humanas. Las reglas para la investigación de la verdad son tan claras como sublime; reglas que tal vez ignora el comun de nuestros sábios, porque envueltos en la rápida corriente del siglo, apenas se detienen para dedicarse á meditarlas. El capítulo 12 nos enseña el modo de conocer la naturaleza, las propiedades y las relaciones de los seres, el buen órden que debe observar el pensador filósofo si no quiere desviarse del camino de la verdad. Los tratados de la buena percepcion, del juicio, de los manantiales del error, del raciocinio y del discurso (capítulos 13, 14, 15 y 16), se amenizan con ejemplos escogidos y diálogos oportunos, que recrean al lector y le explican los conceptos mas abstractos. Balmes da solucion á todas las dificultades, anticipa todas las objeciones, facilita el modo de discurrir con solidez y esactitud; y modera aquella curiosidad indiscreta que se empeña en descubrir objetos cubiertos con impenetrable velo. Al tratar en el capítulo 17.º de la enseñanza, desenvuelve sus dos principales atributos, que son: instruir á los alumnos en los elementos de la ciencia, y desarrollar su talento. Si para lo primero bastan hombres que conozcan los libros, para lo

segundo se requieren hombres que conozcan las cosas. Los gobiernos verán en la lectura del presente capítulo la necesidad de reformar el ramo de enseñanza, puesto que sin verdadera instruccion pública, no tienen las naciones sólida prosperidad; los profesores hallarán medios para descubrir los talentos ocultos, y los discipulos conocerán la conveniencia de aplicarse á los estudios elementales.

El capítulo 18 se dedica á los grandes ingenios capaces de artrostrar en la milicia literaria empresas atrevidas, prescribiéndoles varias reglas. Si las observan con esactitud, el método de la invencion podrá muy bien convenirles, y no tendrán que limitarse á narrar simplemente lo que han leído, á saber los libros sin conocer las cosas, como acontece á los talentos humildes; buscarán verdades que los conduzcan á puntos mas elevados. En el capítulo 19 descubre con maestría las arcanos de las pasiones, y nos da claro conocimiento de las facultades del alma, de la influencia del corazon sobre la cabeza, y de los peligros de la excesiva sensibilidad. El 20 trata de la filosofía de la historia y de la dificultad de adquirirla, indicando un medio para adelantar, que es el estudio inmediato de los monumentos de la época.

Un filósofo tan católico y tan pio como Balmes, no podia dejar de emitir sólidas consideraciones sobre nuestra santa religion, que es la mas interesante de las verdades. En el capítulo 21 dilucida esta materia, y los dos primeros párrafos manifiestan la importancia de las ciencias religiosas, quedando demostrada en el tercero la existencia de un Criador y supremo gobernador del universo. Escamina con escrupulosidad si la religion católica ha podido ser invencion humana; si en la hipótesis de ecsistir una religion revelada por Dios es ella sola la verdadera; y si es posible que lo sean las diferentes sectas separadas de la Iglesia católica, única que tiene todos los caracteres de divina.

Tampoco se ha ocultado á la penetracion del autor del *Criterio* la ciencia práctica del entendimiento humano que nos dirige para obrar. En el último capítulo, que es el mas difuso de la obra, aclara Balmes muchas cuestiones que ejercen un grande influjo en los negocios de la vida. Clasifica las acciones del hombre, y nos demuestra con magníficas alegorías la verdad del proverbio: "cada cual es hijo de sus obras." En las observaciones sobre la cavilacion y el buen sentido, descubre un juicio tan aventajado, un estudio tan profundo del corazon del hombre, que dejan muy atras á todos los filósofos antiguos y modernos que han pretendido poner en evidencia á tantos sábios de perspectiva, á tantos hipócritas em-